

de una patada, viéramos que ya por dentro, por dentro... se los van comiendo los ratones... ¿Usted me entiende?»,

Decía esto el maldito viejo iluminando con la luz siniestra de sus ojos el rostro impasible, amarillo, de una rigidez estatuaria de talla vieja despintada y cuarteada. Lucila le miró, observando el marcado resalte de los pómulos que á la luz brillaban, redondos, con un deslucido barniz de santo viejo; observó también las dos grandes arrugas que descendían de la nariz chata hasta unirse con las comisuras de los delgados labios, y la extensa curva que éstos formaban cayendo por sus extremidades... No entendía bien Lucila el lenguaje gráfico de aquel rostro, en el cual algo había de momia con vida, y lo que más claramente pudo descifrar en él, á fuerza de deletrearlo, era un inmenso desdén de todo el Universo.

## XXVI

Y no fué poca sorpresa de Lucila el oírle pasar, casi sin transición, de las lúgubres consideraciones antedichas á esta vulgar pregunta: “¿Y ese hombre, ese padre de usted, qué cantidad necesita?», Respondió la moza que de cuatro á seis mil reales... y añadió que el negocio de la tienda de huevos y semillas era de seguro rendimiento... “Es mucho, mucho dinero —murmuró Me-

rino sacando el labio inferior y arqueando más la boca. —¡Seis mil realazos!... digo, digo... eche usted reales... y en estos tiempos en que el dinero anda escondido para que no lo cojan las uñas moderadas... El poquito que ha escapado de esas uñas, tiénelo la soldadesca. Entre abogados y milironches, están dejando en los huesos á esta nación... Pues no puedo, no puedo servirles...

—Mi padre cumplirá bien; por eso no lo haga —dijo Lucila creyendo que no aflojaba la mosca sin hacerse de rogar. —Y dispéñseme que no empezara por hablarle de mi padre; pero desde que Domiciana me hizo aquella trastada, he perdido el tino, y hablo todo al revés. A usted le consta lo mala que es la cerera, ¿verdad, D. Martín? ¿Quién lo sabe como usted?

—Me hablabas de tu padre...

—Decía que mi padre es hombre formal. Mi padre cumple.

—¿Y por qué no ha venido contigo, ó no viene él solo? Si yo le hago el prestamo, él será quien me garantice, no tú; á él podré confiarle mi dinero, no á tí, que lo gastarás alegremente con tenientes ó capitanes... ¡Ah! vosotras las enamoradas trastornáis á los hombres y les apartáis de su obligación; por vosotras, por vuestros perifollos, y el lujo... *asiático* que gastáis, están ahora los hombres públicos tan corrompidos; vosotras tenéis la culpa de todo este ladroñicio... y luego os quejáis cuando os quitan algo.

—Yo no he trastornado á nadie; yo no he gastado lujo; yo no quiero más que paz, y el amor de un hombre...

—No sueñes con amor de hombre, ni con paz, ni con ningún bien, mientras no haya justicia y se dé á cada cual lo suyo... Espérate á que el mundo se arregle como es debido, y á que caigan todas las farsas y rueden los ídolos... Mientras eso no llegue, ¿qué hablas ahí de amor de hombre, si ahora, según estamos, nada es de nadie, y no se sabe á quién pertenece el hombre, ni la mujer tampoco? Donde no hay justicia, donde todo es iniquidad, ¿qué sacas de lamentarte? Escribes tus chillidos en el viento para que jueguen con ellos los pájaros... Todo es aquí tiranía, todo es dominio de los malos sobre los buenos, opresión del pobre por el rico, y del débil por el fuerte... ¿Dónde está el tuyo y el mío y el de cada cual? Los mandones le quitan á uno la camisa, y encima hay que darles las gracias porque no nos han quitado los calzones. Deja tú que todo se estremezca, y el día del derrumbamiento recobrarás lo tuyo, yo lo que me pertenece... eso es. Sin transición, saltó con esto: "Vaya, joven, ¿no te parece que hemos hablado bastante? Dile á tu padre que venga cualquier día... ésta es buena hora: hablaremos, y... ya se verá..."

Lucila, que ya sentía un sí es no es de temor, viendo el acento rencoroso que ponía en sus divagaciones, se despidió con las fórmulas corrientes, sin meterse en más dimes y diretes con la esfinge. Salió Domin-

ga con el candilón, pues la escalera era como boca de lobo, y al llegar al pasadizo del Infierno, Cigüela se dijo, resumiendo la visita: "Bien se ve que conoce toda la historia y los enredos de Domiciana... Puede que también sepa dónde y cómo le tienen escondido... Pero no lo dirá... Estas cosas de amores y de hombres robados le interesan poco, nada... y las mira como como cosa de juego... No piensa más que en el aquel de lo malo que está todo, y en el latrocinio del Gobierno, y en que moderados y militares no son más que sanguijuelas que le chupan á España toda la sangre..."

Reunida con Ansúrez en la Plaza, le refirió la visita y las impresiones que en ella recibiera, que no eran malas en lo tocante al préstamo. Pensaba Cigüela que el clerizonte soltaría los cuartos; mas era preciso regatearle, que el hombre, en su tacañería y desconfianza, se fingía escaso de recursos para obtener mayor ventaja en el negocio. El viejo *celtibero* acompañó á Lucila hasta su casa, y al retirarse se las prometía muy felices. Pero en los días siguientes, resultó que de tan buenas esperanzas había que quitar la mitad de la mitad. Para efectuar el préstamo había que esperar á que pagara un cliente moroso, que ya tenía fuera de tino al Sr. D. Martín, pues ni devolvía el *principal*, ni aflojaba los réditos de un año vencido. Todo se volvía prometer y dar largas, sin que le valieran al clérigo amenazas de demanda judicial. El deudor se reía. Por fin, hubo esperanzas fun-

dadas de arreglo, pagando por el tal una señora, tía suya, y rebajando intereses. Si en efecto se cobraba, se realizaría el nuevo préstamo, obligándose Ansúrez á responder con todos sus bienes, y á más con la tienda que habían de traspasarle.

Entretanto que estas cosas del orden económico iban pasando, observaba Lucila que el grande afán suyo inextinguible por la pérdida de Tomín, ocupaba y desocupaba las regiones más grandes de su alma con cierto flujo y reflujo, como el del Océano que llena y vacía con el lento ritmo de las mareas. Tan pronto la pena honda se aliviaba, y la dolorida mujer entreveía reparación probable; tan pronto la pena tomaba mayor fuerza, colmando el alma hasta rebosar; y cuando subía de este modo la hinchada marea de su aflicción, Lucila deseaba la muerte, y aun acariciaba la idea de procurársela por su propia mano. Sólo la muerte era verdadero y eficaz descanso. Sólo el sueño eterno le daría paz, ya que no le diera el ver á Tomín en la región de allá, donde dormidos vivimos de nuevo... Lo más extraño era que este recrudescimiento del dolor recaía sobre la hija de Ansúrez cuando la Providencia enviaba sobre ella sus bendiciones.

Los obsequios cada día más valiosos de D. Vicente Halconero no llevaban ciertamente á Lucila por el camino del alivio. Eulogia no se cansaba de amonestarla con severidad ó con burlas. "No sé qué más podrías desear. Viene Dios á verte y le pones

cara de alcuza. ¡Vaya un orgullo! Te llueven tortas y torreznos, y en vez de ponerte á bailar, lloriqueas... Yo pienso en la vida que te esperaba con ese maldito Capitán si no te lo quitan de en medio... Y aun con indulto y todo, valiente pelo habrías echado de militar..." Sin negar que Eulogia tuviera razón, Cigiuela también la tenía, que razones hay siempre para todo... Claro que no desconocía la inmensa gratitud que al Sr. Halconero debía, y se declaraba indigna de tanta bondad. ¡Vaya con el rico albillo que mandó D. Vicente en aquel Agosto y en aquel Septiembre, escogidos por él los racimos más hermosos, los más dorados, de uvas transparentes, finas, dulces! Al albillo acompañaba el arrope superior, hecho en casa del rico hacendado con todo esmero, y pollos y capones que en aquellos amplios corrales se criaban. Para el próximo Noviembre anunciábase ya el esquilmo suculento de la matanza, y para Diciembre irían los corderos lechales, amén de la muchedumbre de caza, y castañas y nueces.

Pero estas ricas ofrendas valían menos que otras del magnánimo señor. Había ordenado á Eulogia y Antolín que por cuenta de él fuera provista la guapa moza de todo lo correspondiente á una señorita de clase acomodada; que se encargasen á una buena costurera vestidos honestos y al gusto de Lucila, agregando cuanto de ropa interior decente necesitase para completar su atavío, todo esto sin lujo, mirando sólo á la buena

calidad y finura de las telas, y al esmero de las hechuras. Un día se encontró la joven en su cuarto un tocador de caoba modestito y elegante, con todos los accesorios de porcelana y adminículos para su arreglo y limpieza, y á la semana siguiente apareció como por magia un corpulento armario para ropa con un gran espejo en la puerta, mueble precioso que fué el pasmo de toda la vecindad. Dígase que todo esto agradó mucho á Lucila, y elevó hasta lo increíble su gratitud.

Pero aún faltaba lo más hermoso de la generosidad del D. Vicente, la cual ya tocaba en los linderos de lo sublime, y fué que dispuso en carta muy extensa lo que se copia para mejor conocimiento: "Quiero que sin dilación se le ponga un maestro pendo-lista, que le enseñe el trazo de buena letra, y todo lo tocante á la ortografía y al uso de puntos y comas como es debido. No sea ese maestro un mequetrefe, sino hombre que sepa el oficio, maduro, y de bien probada honestidad, y la letra que le enseñe sea por Torío, no por Iturzaeta, y nada de esto que llaman bastardilla y rasgos á la inglesa. Póngasele también preceptor que le enseñe la Geografía, y la Aritmética hasta la regla de tres no más; y de Gramática nada, que eso es estudio baldío. Désele de añadidura algún conocimiento de Historia Sagrada y profana, pero no mucho, nada más lo preciso; y el Catecismo, por de contado, con las obligaciones del buen cristiano. Escójanse

pasantes graves y circunspectos, sin reparar el coste... y que no sean del estado eclesiástico. De otra clase de enseñanza, tal como baile y música, nada; que todo este recreo de mozuelas se deja fuera de la puerta del santo matrimonio."

De cuánto regalaba y disponía el buen Halconero, estas órdenes, reveladoras de un interés profundo y de un cariño intenso, fueron las que más hondamente penetraron en el alma de Lucila. Eulogia le dijo: "Dios viene á tí; Dios ha hecho de la más desamparada la más amparada; y á la más pobre la rodea de bienes, y á la más triste le pone corona de felicidades. Dale las gracias, y dile: "Señor, hágase tu voluntad..."

Voluntad de Dios era sin duda, y manifiesta con tales signos, no había medio de rebelarse contra ella. En la red de estos beneficios tan hermosos como delicados, se veía cogida, sin evasión posible. Ya su compromiso no podía ser condicional, ni estar sujeto á definitiva resolución en un marcado plazo, ya debía darse por prometida y aún más por otorgada... En todo Enero del año siguiente, según se decretó en la Villa del Prado, sería Lucila la señora de Halconero.

El cual anunció su viaje á Madrid para Noviembre. Dos veces había estado en Madrid durante el verano, y Lucila le miraba como uno de tantos pretendientes, del cual más distante estaba cuando más cerca le tenía. Pero cuando vino Halconero en Noviembre, ya era otra cosa. Aplicando al caso

toda su buena voluntad, vió en el que ya era su presunto marido menos fealdad y desagrado que en otras ocasiones viera; vió en extraordinaria magnitud su bondad, reflejada no sólo en sus nobles actos y dichos oportunos, sino hasta en su figura... Esta no le pareció á Lucila tan rechoncha y maciza como cuando en el pueblo se ofreció por primera vez á su atención, y los cuajados ojos de D. Vicente, redondos, claros y casi siempre húmedos, revelando parentesco con ojos de peces sacados de las aguas, ya tenían cierto brillo y aun vislumbres de gracia, efecto sin duda del amor, que en el alma escondida tras ellos había hecho su nido. En suma, que aunque el noble espíritu de D. Vicente se hallaba prisionero dentro de una gordura que iba en camino de la obesidad, Lucila no le encontraba absolutamente despojado de gallardía. Cierta que era una gallardía muy relativa, y casi casi puramente convencional. Halconero tenía la cabeza blanca, el rostro encendido, redondo, afeitado, la dentadura sana, los labios sensuales, la nariz aguileña, la frente despejada, y el ánimo, en fin, pacífico, amoroso, propenso á los arrebatos de ternura, así como el entendimiento claro, aunque tirando á lo imaginativo. Lucila vió en él un marido del tipo paternal, y creyó firmemente que reinaría en su corazón por la bondad y el tutelar cariño.

## XXVII

Halconero había venido á la Corte de paso para tierras de Guadalajara, en donde pensaba arrendar pastos para la trashumación de sus merinas. Detúvose en Madrid sólo cuatro días, con ánimo de permanecer más tiempo á la vuelta, y por estar más cerca de su presunta felicidad se aposentó en la posada de *San Pedro*, en la Cava Baja. Bien aprovechadas fueron las cuatro noches: en ninguna de ellas dejó de llevar al teatro á Eulogia y Lucila, armonizando el gusto de ellas con el suyo, pues los lances de la escena le divertían é impresionaban grandemente. Vieron y gozaron en *El Drama* (Basillios) *La Escuela de los maridos*; en *Varietades*, *García del Castañar*, y en *El Circo*, la preciosísima zarzuela *Jugar con fuego*. Aunque por no contrariarle, Cigüela no decía nada, le causaba cierta inquietud el frecuentar sitios públicos, temerosa de encontrar en ellos personas que con sus dichos ó sólo con su presencia la trastornasen. Ya por aquellos días estaba la joven muy metida en el tráfico de sus estudios, los cuales, por el múltiple beneficio que le causaban, eran entretenimiento saludable y bálamo instructivo.

Partió D. Vicente para sus diligencias de ganadero y labrador, y quedó Lucila compartiendo su tiempo entre las lecciones y el

corte y hechuras de su nueva provisión de ropa. Con Eulogia iba alguna vez de tiendas; acompañábala también Ansúrez, que, harto ya de verse mal señalado por servir al impopular Chico, se había despedido, y no tenía más ocupación que vagar por calles, visitando amigos, ó arrimándose á los corrillos de éste y el otro mentidero. Atendido por Lucila en su primera necesidad, que era el comer, no se apuraba gran cosa por la cesantía. Sabedor ya de que le tendría por suegro el rico labrador de la Villa del Prado, casi bailaba de contento por la feliz y casi milagrosa colocación de su querida hija; pero á él no le petaba el vivir á lo parásito, yedra pegada al tronco de un yerno; gustaba de la independencía, y no había de parar hasta establecerse. A ello le animaba el buen cariz de sus negociaciones con Merino, para el consabido préstamo. Si en la quincena que siguió á la visita de Cigüela, el adusto clérigo le había mareado y aburrido con largas y promesas, que hoy, que mañana, ya parecía que iban las cosas por mejor camino. No se descuidaba el buen *celtibero* en tener siempre bajo la mano al sacerdote prestamista; y si no le divertía visitarle en su triste y lóbrega casa, gustaba de acompañarle algunas tardes en su paseo, que era infaliblemente por la Cuesta de la Vega, saliendo alguna vez por el Portillo, y metiéndose en el polvoroso plantío que llaman *La Tela*. Hablaban del mal Gobierno y de lo perdido que está el país. "Es Don Martín tan filóso-

fico —decía Jerónimo,—que se queda uno con la boca abierta oyéndole. Gran meollo tiene todo lo que dice... sólo que cuando uno está en el punto de cogerle la idea, el hombre se arranca por latines, y... á obscuras me quedo."

En un comercio de telas de la Concepción Jerónima se encontraron una mañana Lucila y Rosenda, ésta trajeada tan á la moda, que sólo con ello declaraba el reciente hallazgo de su remedio. A las preguntas de Lucila contestó que en efecto tenía el mejor arriño que ambicionar pudiera, en circunstancias y condiciones inmejorables. "¿Quién...?" —preguntó Lucila. "No puedo decirlo —replió la Capitana.—Hice juramento de no revelarlo á nadie, ni á las personas más íntimas. Y antes reventaré que faltar á lo jurado, porque en ello me va *el ajuste*, que es superior. Valiente necia sería yo, si por boquear más de la cuenta perdiera esta ganga." Celebrando Lucila lo que su amiga le contaba, limitó su indiscreción á preguntar si la pesquería había sido en la iglesia, conforme á los planes de marras... "En la novena del Rosario —contestó Rosenda,—eché mis primeros anzuelos... Picó en la novena de Santa Teresa, y saqué el pez en las mismísimas *Animas*... y no me pregunte usted más." Hablaron inmediatamente de trapos para la estación, y de las nuevas evoluciones de la moda. "Esa tela *marrón* con rayas le irá muy bien para traje de señora rica de pueblo. Hágaselo usted con faldetas, el cuer-

po muy abierto por delante, con camisolín bordado, alto, honestito. Aquí encontrará usted un organdi precioso, ó si no, *barege*. La manteleta es de rigor.” Enterada ya Rosenda del proyectado casamiento de su amiga con un ricacho viejo, siempre que la veía se extremaba en felicitarla. Dios había trocado todas sus desgracias en beneficios, su pobreza en abundancia, y su esclavitud en la más preciosa de las libertades.

Dos días después de esta entrevista, volvieron á verse en el mismo comercio, no ciertamente de un modo casual, sino porque Rosenda, advertida de los tenderos que esperaban á Lucila para cambiar un retal por otro, allí se plantó y allí la cogió descuidada, sorprendiéndola con este jicarazo: “Despache usted á su padre con cualquier pretexto, para que podamos irnos solitas á dar una vuelta por la calle. Tengo que decirle cosas de remuchísima enjundia.” Tembló Cigtela como el pájaro herido; y atontada despidió al viejo y aceleró sus quehaceres en la tienda. En la calle las dos, Rosenda le dijo: “No se encampene usted con lo que voy á notificarle, ni pierda su serenidad. Prométame por cien mil coros de serafines que ha de ser juiciosa. ¿Lo promete?... Pues allá va. Una persona, que no necesito nombrar, ha visto á Bartolomé Gracián.”

La impresión de Lucila fué de intenso frío. Dando diente con diente, pudo balbucir estas cortadas expresiones: “No me engañe... ¿Está segura? ¿Y esa persona le cono-

ce bien?... ¿Sería él de verdad?... ¡Oh! siento una pena horrible... una alegría loca... ¿Con que vive? ¿No le han matado?... Pero no es alegría lo que siento; es pena, y pienso que ha de matarme.

—No dudes que es él... La persona que le ha visto le conoce como nos conocemos tú y yo — dijo la Capitana, que para inspirar mayor confianza y explicarse con desahogo, inició el tratamiento de *tú*, necesario ya entre dos amigas.—¿Pero qué... te pones mala? No, borrica: tómalo con calma, y que este notición no te saque de tus casillas...

—Rosenda, no me mandes que tenga calma—dijo Lucila aceptando el tratamiento familiar sin darse cuenta de ello.—Me has removido toda el alma, sacando arriba lo que ya estaba debajo de todo, y parecía que se iba ahogando... ¿Le ha visto ese señor?... ¿dónde... dónde?

—Serénate. Si te pones muy nerviosa y empiezas á soltar chispas, me callo.

—No, no: háblame... dí... Ya me veo corriendo por un precipicio, y aunque quiera volver atrás no puedo. Puede más la pendiente que yo. ¿Dónde?...

—Por hoy punto en boca... Tu padre no puede tardar con los paquetes de horquillas y el tarro de pomada. Además, como te excitas tanto, estamos llamando la atención en medio de la calle. Arrimémonos á esta rincónada... Sólo puedo decirte hoy que el pobre Gracián no debe andar bien de salud. Parece que está enfermo, aburrido...

— ¡Ay, qué dolor! ¿Y se sabe... esto sí podrás decírmelo... se sabe si sigue debajo del poder de la *boticaria*?

— Eso no lo sé hoy, pero es seguro que lo sabré esta noche. Oye lo que te digo. Vete mañana á mi casa. Vivo calle del Factor, número 6, piso segundo. Apúntalo bien en tu memoria. Toda la mañana estoy solita... ¿No sabes dónde está mi calle? ¿Sabes la parroquia de San Nicolás?... Pues por allí. No tiene pérdida. Vas mañana... me encuentras sola, y hablamos... Verás qué casa tan linda tengo, y qué mueblaje... todo nuevecito, acabado de comprar... Y ahora, chitón, que aquí viene ya papá Jerónimo. Te espero. Con él irás, y allí nos le sacudiremos mandándole á casa de mi modista, que vive donde Cristo dió las tres voces...»

Nada más hablaron. Lucila volvió á su casa sin saber por dónde iba, ni enterarse de lo que por el camino le contaba el buen Ansúrez, cosas políticas de interés, que la inatención de la guapa moza convirtió en insignificantes. Todo el alivio ganado perfiase súbitamente, y la honda enfermedad del ánimo, sentimientos despedazados, dignidad ofendida, ideas fuera de quicio, razón deshecha en locura, recobraba de golpe su aterrador imperio. Por la noche, el insomnio renovó en ella los suplicios de los días más tristes de su existencia, y el sueño la sumió en las tenebrosas cavidades de la idea trágica. Cuchillo en mano, daba muerte á la *boticaria* una y cien veces, sin acabar nun-

ca de matarla... Por la mañana, fatigada del insomnio y del sueño, que tan vivamente reproducían su amor como sus odios, trató Lucila de confortar su alma ideando alguna contingencia placentera, que bien podía resurgir en los acontecimientos que se avecinaban. “Si encuentro á Tomín—se dijo,—y me propone que huyamos sin pérdida de un instante, me iré *con lo puesto*... á donde él quiera. Si fuese menester que volviéramos al mechinal indecente de la calle de Rodas, iría sin vacilar, apechugando con toda la miseria que Dios quisiera mandarnos... y si hubiéramos de ir lejos, á un monte cerrado, á una cueva separada de todo el mundo, también iría con él... como si me llevara á un desierto, de esos en que hay tigres y leones... No me importa que haya leones y panteras, con tal que no haya Domicianas.”

Arregló las cosas y dispuso sus diligencias de aquel día en forma que su salida y tardanza no inquietaran á Eulogia, y á hora conveniente, salió con su padre en dirección de la parroquia de San Nicolás, en cuyas cercanías vivía la endiablada Rosenda. Avida de llegar pronto, aceleró su marcha, y como Ansúrez, sofocado, la incitase á moderar la andadura, díjole que urgía el arreglo de cierto vestido en el término de la mañana, y que se preparara á llevar recados á puntos distantes... Entre los innúmeros desatinos, engendro de su loca pasión, que pasaban vertiginosos por la mente de Lucila, prevalecía el que formuló de este modo:



“¡Estaría bueno que ahora se me presentara Tomín en casa de Rosenda; que Rosenda le hubiera encontrado y allí le tuviera escondido para darme la gran sorpresa! Ello no será; pero bien podría ser... cosas más raras se han visto.”

Entró en la casa con sobresalto semejante al de las personas muy nerviosas cuando saben que sonarán tiros, y por segundos esperan la detonación y fogonazo. Apenas se fijó en la limpia vivienda de su amiga, mujer arreglada y de gusto, que había tenido el arte de dar aspecto risueño á una casa viejísima. Los muebles eran flamantes, de clase barata con apariencia; las esteras de lo más fino, y la alfombra de la sala y gabinete, del tipo industrial, á la moda, colores vivos que durarían muy poco. Preparado había Rosenda la copa de aljófara con cisco bien pasado, y á ella se arrimó Lucila para calentar sus manos ateridas, con mitones. Aunque ya usaba manguito, no podía acostumbrarse á llevar las manos metidas siempre en él... Le costaba entrar por los hábitos del señorío. Despachado Ansúrez á los recados distantes, quedaron solas. Ponderaba Rosenda su casa y sus muebles, y aún quiso llevar á su amiga á que viera cocina, despensa y otras piezas. Pero la guapa moza, impaciente y con su imaginación en esferas muy distantes, lo dió todo por visto y admirado, diciéndole: “Luego lo veré. Ya supondrás que vengo muerta de curiosidad, que he pasado una noche terrible, que no viviré hasta saber...”

—Pues aquí tienes á tu amiga —dijo Rosenda sentándose á su lado,— con ganas de traerte al buen entender, y de apartarte de los malos caminos. ¡Ay, hija! ayer tarde, cuando vine á casa, me pesaba, créelo, haberte dicho lo que te dije... Mejor habría sido reservarlo para después, y echar por delante el consejo que ahora te doy tocante al orden de las cosas. Por cien mil coros de arcángeles te pido que te fijas, que me hagas caso, y te percares bien... Allá voy... Lo primero que tienes que hacer es acelerar tu casamiento por los medios que puedas... Todo el tiempo que ganes en rematar la suerte con Halconero, es tiempo ganado en tu bienestar y en tu independencia... Y ahora viene la segunda parte: en cuanto te cases, y tengas á ese magnífico buey bien cuadrado, empiezas con él una brega superior, muleta por aquí, muleta por allá, para que el hombre abandone la vida del campo y venga á establecerse contigo en Madrid... Bien sé que por de pronto ha de cerdear. Es un viejo gañán, que no podrá vivir lejos de los montones de estiércol... pero una mujer... es una mujer... y en luna de miel lo puede todo... Te aburre el campo, te entristece; las aguas gordas de aquella tierra te revuelven los humores... te pones malísima, pierdes la salud, y hasta podría ser que se te malograra el fruto... Figúrate cuántas razones puedes emplear para convencer á tu marido, cuántos mimos echarle y cuántas banderillas ponerle....”

Absolutamente contrarias á estas ideas eran las de Lucila. Le gustaba el campo, y en su soledad y augusto sosiego, esclavizando la atención con amenos quehaceres, pensaba llevar su alma mansamente á un bienestar tranquilo. Pero como Rosenda no quería satisfacer su curiosidad, si antes no prometía someterse y adaptarse á las sabias reglas de la filosofía del vivir, la guapa moza, como el sediento que entrega toda su voluntad por un vaso de agua, le dijo: "Haré todo lo que me aconsejas, Rosenda... Y ahora, sepa yo pronto: ¿Han vuelto á verle? ¿Dónde le han visto?... ¿Qué ha pasado, qué más pasará?"

## XXVIII

—Pues empiezo—dijo Rosenda poniéndose todo lo grave que podía,—por darte una noticia que no sé si será buena ó mala para tí... El amigo Bartolomé está en poder de la Socobio. Domiciana, que ha sufrido varias derrotas, saliendo como Doña Victorina con las manos en la cabeza, se ha quedado compuesta y sin novio... No pudo dar al galán lo prometido, que era el indulto, la rehabilitación y un ascenso, dos con pase á Cuba...

—¿Pero dónde está... dónde? Quiero verle y que me vea.

—No pienses en eso... Yo miro por tí más de lo que tú crees. Te contaré una escena, mejor dicho una conversación que ayer hubo

en Palacio. La sé como si la hubiera oído yo misma. Eufrasia, que ahora no se separa de la Reina... ya sabes que Su Majestad ha entrado en meses mayores: se espera su alumbramiento para Navidad... Eufrasia, digo, en una sala que está junto á la galería, entre el despacho de Su Majestad y la oficina donde trabajan los de Secretaria particular, se enchiqueró con un General joven, muy nombrado, D. Juan Prim. ¿Le conoces? Da que hablar porque es de mucho sentido, y marrajo, de los que dejan el trapo y van al bulto... Hace días echó en las Cortes un discurso tan fuerte que tembló todo el Ministerio, y á D. Juan Bravo se le indigestaron los chorizos. Pues entre otras cosas, dijo el hombre que hemos vuelto á los tiempos de *Carlos II el embrujado*, que nos están llenando la nación de frailes y monjas, que no hay libertad, y que este moderantismo es una farsa para que se redondeen cuatro mamilones... No lo dijo así... En fin... pidió mil gollerías, y declaró que él es partidario del *naufragio universal*, de la libertad *disoluta* de la imprenta, del *ateísmo libre*, y del ciudadano libre, ó del respeto al individuo *suelto del derecho particular*... vamos, que no sé decirlo... Pues por este discurso y por lo mucho que se merece el señor de Prim, Conde de Reus, se le tiene miedo, y se determinó mandarle á Puerto Rico... Como te digo, trató de ver á la Reina; no pudo ser, por causa del estado... Hizo por Eufrasia, que le recibió en aquella salita, y allí le estuvo ponien-